



Capítulo 21

Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA NUEVA NOVELA DE MIGUEL GUTIÉRREZ

por Ricardo González Vigil

A FINES DEL AÑO PASADO, MIGUEL GUTIÉRREZ (Piura, 1940) publicó una obra monumental: *La violencia del tiempo*, una de las mejores novelas de la literatura hispanoamericana, sin duda la más ambiciosa y compleja de todas, la más cercana al ideal de la *novela total*.

La madurez artística de Gutiérrez ya podía percibirse en la novela *Hombres de caminos* (1988), obra que nos introdujo en el universo narrativo de la familia Villar, universo desplegado en toda su amplitud en *La violencia del tiempo*, con el pueblo de Congará al centro, y muchas incursiones en diversas regiones de Piura, además de episodios ambientados en otras partes del Perú, América y Europa.

Ratificando la madurez creadora que ha alcanzado, su nueva novela *La destrucción del reino* (Lima: Milla Batres, 1992, con una serie fotográfica del piurano Julio Olavarría) nos instala de nuevo en sus tierras ardientes y turbulentas, azotadas por la culpa, la explotación, la lascivia, el rencor, la venganza y la rebelión. Tierras de grandes desigualdades sociales y de bandoleros legendarios (los *hombres de caminos*). Tierras fecundas en cantares y narraciones orales que propalan —ora desde la perspectiva de la óptica de las mayorías oprimidas— historias cargadas de Eros (Sexo) y Tánatos (violencia, con muchas alusiones a prácticas demoniacas).

Aunque discorra independiente de la saga de la familia Villar y el pueblo Congará, concentrada en el poblado de Monte de los Padres, *La destrucción del reino* enfoca el mismo universo narrativo que *Hombres de caminos* y *La violencia del tiempo*. Nexo reforzado por algunas menciones destinadas a entretrejer los personajes y las tramas de los diversos libros de Gutiérrez: el bandolero Froilán Alama (pp. 62-63), vinculable a *Hombres de caminos*; el terrateniente Benalcázar y su pasión por Primorosa Villar (pp. 94-96, da una versión diversa, la correspondiente a las señoras de la clase alta), y el linaje de los Lama Farfán de los Godos (pp. 133-134), asuntos abordados en *La violencia del tiempo*. Inclusive el narrador (presentado como el propio autor que teje su historia a partir de la visión de las fotografías de Olavarría) confiesa haber escuchado los lances de los clanes señoriales «[...] bajo los tamarindos de la plaza de Armas o en el puente viejo» (p. 47); con lo cual remite a los momentos en que Martín Villar se solaza con el Ciego Orejuela, esa especie de Homero Piurano de *La violencia del tiempo*.

Todo lo cual acredita que la imaginación novelesca de Gutiérrez, a la manera de Balzac y Faulkner, va erigiendo, libro a libro, un solo y grandioso universo narrativo, rico en símbolos histórico-sociales, auténtico microcosmos de la realidad del Perú y, en general, de Hispanoamérica. Empresas similares podemos rastrear en los casos consagrados de Rulfo, Onetti, Sábato y García Márquez.

La autenticidad y hondura del proyecto totalizador (más cerca de Faulkner que de Balzac, acotaríamos, en tanto los une una afinidad mayor en lo tocante a la mirada violenta y borrascosa, a las técnicas narrativas empleadas y al deseo de retratar toda la trayectoria histórica de su pueblo) de Gutiérrez debe mucho al aliento ilimitado, renovado en sesiones innumerables (concluidas con el interés en vilo, con las historias en suspenso, como hace la famosa Scherezade de *Las mil y una noches*), de los narradores orales que escuchó en su infancia y adolescencia, en Piura.

Antes de que leyera a los grandes novelistas europeos y americanos, Gutiérrez (al igual que Alegría y Arguedas) bebió en la tra-

dición oral un caleidoscopio torrencial de tramas y personajes, conforme le ocurre a Martín Villar en *La violencia del tiempo*, y le acaece al «niño con el velo» en *La destrucción del reino*. Posteriormente, la lectura atenta de los grandes novelistas, lo condujo a reelaborar todo ese bagaje en pos de la *novela total*, lo que cristaliza en *La violencia del tiempo* (actuando los paradigmas centrales de *La guerra y la paz* Tolstoi, *En busca del tiempo perdido*, de Proust, y *Ulises* de Joyce, aparte de numerosas reminiscencias de Homero, Dante, Cervantes, Inca Garcilaso, Huamán Poma, Dostoiewski, Unamuno, Machado, Borges, Rulfo, García Márquez, Alegría, etc.); y, por cierto, en pos de un ciclo novelístico que integrara todas sus narraciones, al modo de *La comedia humana* de Balzac, o el condado de Yoknapatawpha del universo de Faulkner.

La composición misma de *La destrucción del reino* ofrece una prueba contundente de la actitud balzaquiana o faulkneriana de Gutiérrez. En un primer momento, Gutiérrez debía limitarse a redactar pequeños textos que acompañasen a la impresión de la serie fotográfica *Monte de los Padres* de Julio Olavarría. Pero la visión del niño y de los lugares captados por el fotógrafo, desencadenó recuerdos y asociaciones que dieron origen a toda una novela, una pieza más de su universo narrativo (nótese la diferencia con la primera edición de *Los cachorros* de Vargas Llosa, publicada en conexión con una serie fotográfica de Xavier Miserachs; en ese caso, Vargas Llosa y Miserachs crearon en forma independiente, a partir de unos temas comunes establecidos de antemano).

Resulta pertinente aplaudir el esfuerzo editorial de Carlos Milla Batres, al ofrecernos esta excelente novela en una bella edición con la estupenda serie fotográfica de Olavarría. De hecho, las novelas de Gutiérrez son las mejores que ha publicado en el Perú, en primera edición, un compatriota nuestro; y Milla Batres ha estado detrás de ellas, excepción hecha de *Hombres de caminos*.

¿Y qué recuerdos y asociaciones suscitó la serie fotográfica? El título *La destrucción del reino* apunta a dos cuestiones fundamentales: el fin de la infancia (la del niño con velo, así como de

varias personas conocidas por Gutiérrez y, en cierto modo, del propio Gutiérrez) y la caída de la oligarquía piurana durante los gobiernos del general Velasco y del general Morales Bermúdez (1968-1979). Destrucción enfocada en el penúltimo capítulo, donde el niño (dejando de serlo, al borde de la pubertad) descubre que ya no puede confraternizar con la servidumbre de su casa-hacienda y con los pobres del pueblo, porque debe asumir su condición de miembro de la casta terrateniente. Y, luego, en el último capítulo, donde se narran los trastornos de 1968-1979, haciendo hincapié en el deterioro social y moral, cuando no en el sentimiento de culpa (por haber pertenecido a una clase que oprimía injustamente a las mayorías) de la casta terrateniente.

Pero lo anterior es lo menos interesante de la novela, peligrosamente proclive a un tono de balance reflexivo o de crónica sociológica (cap. I, IV y VI). Narrador nato, Gutiérrez sobresale mucho más a la hora de que nos cuenta la venganza de Laureano Carnero, magistralmente engarzada con episodios bíblicos (cap. II); la tormentosa existencia de la reina de belleza Ella Patricia (caps. III y VII); varios mitos y leyendas del pueblo (cap. IV); casos de matricidio y parricidio que recuerda la servidumbre (cap. VI); y, sobre todo, los amores de la Zarca y su duelo con Carmen Domador (cap. V), una de las historias más admirables que podemos hallar en la narrativa peruana e hispanoamericana.

El Comercio, Lima, 4 de octubre de 1992.